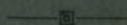


LA LOCURA  
EN LA  
HISTORIA DE LA HUMANIDAD

Discurso de recepción en la  
Real Academia de Medicina y Cirugía  
de Barcelona

POR EL ACADÉMICO ELECTO  
DR. WIFREDO COROLEU Y BORRÁS



Discurso de contestación  
DEL  
DR. VALENTÍN CARULLA MARGENAT  
ACADÉMICO NUMERARIO



BARCELONA  
IMPRESA DE ANTONIO GOST, BALMES, 88  
1916

3  
92



BIBLIOTECA DE LA UNIVERSITAT DE BARCELONA



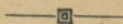
0701056587



LA LOCURA  
EN LA  
HISTORIA DE LA HUMANIDAD

Discurso de recepción en la  
Real Academia de Medicina y Cirugía  
de Barcelona

POR EL ACADÉMICO ELECTO  
DR. WIFREDO COROLEU Y BORRÁS



Discurso de contestación  
DEL  
DR. VALENTÍN CARULLA MARGENAT  
ACADÉMICO NUMERARIO



BARCELONA  
IMPRENTA DE ANTONIO GOST, BALMES, 88  
1916



R.174.892



LA LOCURA  
en la Historia de la Humanidad

---

DISCURSO  
del  
DOCTOR WIFREDO COROLEU Y BORRÁS

---





EXCMO. SEÑOR:

SEÑORES ACADÉMICOS:

SEÑORES:

Hay hombres a los cuales se sucede pero que no se reemplaza y uno de ellos es el digno y llorado doctor Comenge, mi antecesor en esta docta Corporación. Era yo aún estudiante cuando en las aulas de la vieja facultad y después de una conversación en que todos habían elegido ya una especialidad en el porvenir, me dijo un compañero hoy médico distinguido al ver que yo me callaba: «Tú con el tiempo vas a ser lo que Comengel» Sorprendíome de una manera tan honda, a la vez que tan grata aquella profecía, que nada acerté a responder. Y cuando hoy después de tantos años recuerdo aquella escena no puedo menos de pensar que realmente hay en la vida algo del *Fatum* antiguo que nos trae por ignotas vías a seguir nuestro destino.

Trazar la biografía del Dr. Comenge no es hoy mi tarea y relatar su noble labor es superior a mis fuerzas. Yo sólo puedo evocar aquella figura toda ella vida y espíritu que en un cuerpo tan chico encerraba un alma tan grande. Veo aun aquella mirada penetrante, inquisitiva y un si no es burlona pero con la bondad y la indulgencia del talento. Me parece contemplar aquella cara enjuta y aquel cráneo de pensador, de atleta de la inteligencia. Vivo creo verle aun en los sillones del Ateneo su hogar de erudito hojeando libros o revistas. Nada puede borrar de mi memoria aquella visión tan querida y hoy mismo que mi sola presencia en este recinto y entre vosotros es una triste prueba de su muerte me acomete la ilusión que me escucha y me mira cual si viera realizado su deseo de ver un día de la Academia. ¿Por qué mi malhadado destino ha querido que fuese su vacante la que yo llenase? Pero si en ello hemos de verme una mano superior y misteriosa bien pudiera creerme que ella señalaba con mayor solem-

nidad su testamento literario y médico. No puede haber mayor honra ni estímulo para el hijo del historiador de Cataluña de sus fueros y sus Cortes que suceder en esta Academia al eminente historiador de la Medicina catalano-aragonesa. El tiempo dirá y vosotros señores académicos si esta misión no excedía de mis facultades y si no os ha engañado el buen deseo y la confianza que haré siempre cuanto pueda para continuar mereciendo.

La obra de publicista médico del Dr. Comenge que admira al que la lee arredra más bien, como las célebres armas de Roldán, al que pretende continuarla. Poseía el malogrado académico el don único de evocar el pasado, de resucitarlo por decirlo así, aquel don que sólo poseen los grandes artistas y pensadores. «La historia» ha dicho Lord Macaulay, «es una mezcla de filosofía y poesía». Poeta y filósofo el Dr. Comenge realizó el ideal de un cronista de la Medicina, un Littré, un Renzi, un Daremberg que personifican lo que debe ser la posteridad, un juez severo pero equitativo. El ignorante que denigra las edades pasadas porque las desconoce, el obcecado que las prefiere al presente porque no acierta a comparar, se hallan igualmente lejos del punto de vista imparcial y sereno del crítico que con la antorcha de la razón moderna ilumina lo pretérito. La historia es una eterna lección de sabiduría porque lo es de modestia y jamás como en sus estudios se vió aplicado el amargo lema del Eclesiastes de que todo es vanidad. ¡Cuántas teorías, sistemas, doctrinas, hipótesis, que agitaron antaño las escuelas sólo figuran hoy en los libros para aburrimento de los alumnos! Pero ¿será más feliz nuestra época tan orgullosa de sus conquistas? No se desmoronaron ya y al parecer para siempre algunas concepciones doctrinales contemporáneas que parecían hechas para desafiar a los siglos? Con cuanta razón decía Taine: «¡Qué montón de ruinas y qué cementerio la historia!»

Buscar en la historia razones cómodas de justificar la inacción bajo pretexto de escepticismo será un recurso para los perezosos de espíritu pero jamás para los verdaderos historiadores. Estos, y el ejemplo del Dr. Comenge no nos dejará mentir, pretenden no sólo averiguar el pasado si no deducir lecciones para el porvenir. En este mismo tejer y destejer de sistemas y doctrinas médicas, cual nuevo telar de Penélope, de la inteligencia se adivina su noble esfuerzo para llegar a la verdad. El célebre barón de Humboldt comparaba los progresos científicos con los del telescopio, cuya mayor potencia hace ver miríadas de estrellas, donde antes sólo se divisaba una nebulosa. Pero a la vez la mejor percepción del cielo permite descubrir entonces nuevas y más lejanas nebulosas cuya constitución

ignoramos aun. Cada progreso, cada conquista de la mente humana, lleva indisolublemente aparejados nuevos y arduos problemas que ni siquiera se sospechaban. Perseguir las leyes de la inducción histórica a través de los siglos es la misión del historiador y ninguno la comprendió más bien que el Dr. Comenge. Tanto en su *Clínica egregia* como en su *Medicina Española del siglo XIX* como en sus monografías históricas, campea un hondo sentido filosófico que a través de las pequeñeces y ridiculeces del pasado (¡y quién mejor que él las ha descrito!) descubre sus méritos y su grandeza. En este trabajo de benedictino consumió su vida mi antecesor, solitario, abstraído, desinteresado. Su entusiasmo era tanto más admirable cuanto no venía sostenido por ilusión alguna. Demasiado perspicaz para engañarse, dábase cuenta de la decadencia de nuestros estudios históricos en Medicina (en lo que por desgracia no nos faltan imitadores) y no creía asistir a su renacimiento. ¡Pero qué le importaba! Como los verdaderos hombres de genio el Dr. Comenge no vivía en el presente con sus pequeños intereses y miserias. El presente no existe a decir verdad ya que sin cesar nos escapa. «Todo es historia en el mundo» me decía a veces el Dr. Comenge «y sólo élla es lo real pues el transcurso del tiempo le va dando cuanto existe».

En esta atmósfera de pura contemplación vivió mi malogrado antecesor al que sólo hubo de faltarle como consagración de su vida de estudioso una cátedra de Historia de la Medicina en nuestra Facultad. De sobra la había ganado el historiador de los monarcas aragoneses, sus Universidades, sus médicos, sus libros, habiendo sido el único que llevara a la edad presente los timbres de gloria de la antigua patria catalana en las ciencias médicas. Lamentemos que nuestra Universidad pueda aplicarse la frase de la Academia francesa cuando el fallecimiento de Molière.

Nada faltó a su gloria, más él faltó a la nuestra.

¿Qué más diré señores? Seguir hablando del Dr. Comenge, dedicarle toda una sesión y ensalzar su labor de higienista y de médico sociólogo, sería para mí muy grato. Una costumbre que tiene fuerza de ley me obliga, sin embargo, a desarrollar un tema y creo no poder servir mejor la memoria del ilustre finado que consagrar aquel a la historia de la medicina. Dada mi vocación y mi especialidad ha de ser la historia de la Psiquiatría la que me ocupe en el presente discurso para el cual solicito toda vuestra benevolencia temiendo sólo que las eminentes dotes de mi antecesor evoquen una comparación que no pudiera resultar sino en detrimento del que tiene el honor de dirigiros la palabra.

## La locura en la Historia de la Humanidad

Por lejos que extendamos nuestra mirada a través de los tiempos encontraremos la vesania fiel compañera del hombre. La Biblia nos refiere la locura de Saul y la Iliada, nos describe el furor de Ajax. Un antiquísimo documento de Egipto habla ya de la hija de un rey poseída por un espíritu y curada por la intervención de un hechicero. Los pueblos salvajes no han ignorado la locura dígame lo que se quiera y así el fomoso Latah de los malayos y el Amok de Filipinas son entidades frenopáticas indiscutibles. Así, pues, seguir la historia de la humanidad es seguir también la de la locura y se comprende que la obra hubiese tentado un filósofo de tanta elevación como Taine.

La India, esta antiquísima cuna de la civilización ofrece desde los más remotos tiempos el fenómeno del faquirismo. Los ascetas que resisten desnudos el sol y la lluvia, que se sostienen horas enteras en las más forzadas actitudes, que se arrojan incluso a las llamas ante la multitud, se conocían ya en la antigüedad. Los griegos designaban a tales fanáticos con el nombre de *gimnosofistas* y sabían ya que su doctrina era abolir el dolor y el placer en la naturaleza humana. El viajero Tavernier que recorrió el imperio mogol en el siglo xvii encontró aquellos ascetas a los que llamó faquires y cuyas extrañas penitencias insertó en su libro. En la misma época afirmó el viajero Bernier que los faquires ó *yoguis* tenían a su antojojo éxtasis y visiones celestiales. A fines del siglo xviii describió Forbes residente inglés en el Indostán las prácticas de tales penitentes. «Algunos de ellos, dice, hacen voto de continuar su existencia sin mudar de postura, otros de arrastrar una gran piedra o una pesada cadena, otros de recorrer el país a gatas... los hay que se cuelgan perpetuamente sobre un fuego lento». Y estas horribles torturas se las infligen los faquires con el propósito de subyugar la naturaleza o de incorporarse a la divinidad. No es infrecuente que estos fanáticos habiten en soledades animadas sólo por los tigres que a veces les devoran. Semejante estado mental es fruto de la sugestión de orden religioso la cual junta sus efectos a los del clima. Este ha señalado ya su influencia enervante en cuantas religiones se han sucedido en la India. Tal ocurrió con el budhismo que lleva aparejada la noción

del Nirvana. Según el célebre orientalista Burnouf equivaldría aquella voz a liberación del dolor y las fatigas de la vida. Sin embargo la acepción en que debe tomarse aquella palabra es dudosa según el expresado autor habiendo quien la traduce por muerte y quien por dispensa de la ley de transmigración de las almas. En nuestro concepto y mirando sólo la forma que reviste aquel propósito religioso diremos que el Nirvana es un quietismo absoluto que reduce a su mínima expresión las necesidades humanas. Por esta razón lo incluyó acertadamente Schopenhauer en los estados que llama de negación de voluntad. Los ascetas búdicos generalmente reunidos en conventos viven en la más completa inacción. Su horror por todo lo que sea matar es tan extremo que jamás apartan un velo de su faz para no tragar ni por descuido el más pequeño insecto. No pueden bañarse para no causar la muerte de ningún ser vivo del agua al entrar en ella. Tampoco pueden encender fuego para no matar algún otro ser que se halle en la leña. En esta parte se establece aun sin buscarla una comparación con la enfermedad del escrúpulo de Janet o la *Grubelsucht* de los autores alemanes. En todos estos casos el terror morboso y obsesionante a ser causa de daño para alguien hace adoptar al enfermo las más minuciosas y ridículas precauciones. No creamos en efecto que la vida de muchos psicasténicos esté menos erizada de prohibiciones y privaciones que la de los monjes budistas de Oriente.

A pesar del carácter eminentemente sensato del pueblo griego no dejamos de ver en algunos de sus ritos religiosos el carácter de la vesania. Más que nada confirma este modo de ver el culto de Attis importado de la Frigia. Siempre este país había gozado de una extraña reputación de místico en el sentido más exaltado de la palabra. Sus habitantes participaban del carácter asiático en lo referente a un sensualismo religioso que se combinaba con raras prácticas de una devoción morbosa. El culto de Attis adoptado más tarde en Roma con el nombre de la diosa Cibeles tenía señalado el día que se apellidaba de sangre. El Archigallo o gran sacerdote se sangraba los brazos como ofrenda a la divinidad. Además el acompañamiento de sacerdotes excitados por la ruidosa música de los címbalos, cuernos y flautas se entregaba a una danza desesperada lacerándose después las carnes con cuchillos para ofrecer la sangre al pino sagrado de Attis. En el mismo día los novicios practicaban el cruento sacrificio de la castración echando los restos mutilados ante la imagen de la cruel divinidad. Si hemos de creer a Frazer estos sacrificios se practicaron en otros santuarios como el de Hierápolis consagrado a la

diosa Astarté y el de Efeso de la famosa Diana. Según el mismo autor aquellos fanáticos corrían por la ciudad con sus órganos mutilados en la mano que arrojaban en cualquiera de las casas del tránsito. Entonces aquella debía proporcionarles unos vestidos de mujer para el resto de su vida. Estas comunidades de sacerdotes eunucos se perpetuaron durante la antigüedad y en Roma dieron pábulo al genio mordaz de nuestro compatriota Marcial.

Los misterios o ceremonias religiosas y secretas de la antigüedad se corrompieron a menudo con aberraciones y extravíos de la mente. Así las fiestas de Baco llamadas en Grecia *Sabazeas* excitaron ya la reprobación del propio Aristófanes por sus escandalosas escenas nocturnas. Son de sobra conocidos los desórdenes a que se entregaban las Bacantes, sus gritos estrepitosos, su libertinaje y su furor agresivo que apaleaba los hombres y despedazaba los perros. Plauto tenía ya por locas a las Bacantes cuando pone en boca de uno de sus personajes que devolver un golpe a una Bacante es exponerse a recibir cien. Demóstenes juzga ya como insensatas aquellas procesiones con la piel de tigre a las espaldas, serpientes en las manos y perpétuos aullidos. La adoración del Falo que pasó de Grecia a Italia señalaba ya el carácter de tales fiestas. En Lavinium duraban un mes entero y se destinaba una matrona para coronar aquel grosero símbolo. Al fin el Senado romano hubo de prohibir tales extravagancias en un decreto donde se habla de machos afeminados *constupratores* y *constuprati* lo que enseña el grado de aberración de aquel culto degenerado. La misma suerte les cupo a los misterios de Cotytto que en Roma acabaron por fusionarse con los de la *Bona Dea* y cuyas ceremonias eran nocturnas admitiéndose solamente a las mujeres velándose incluso los cuadros donde había pintado algún hombre y proscribiéndose el mirto como dedicado a Venus. Sin embargo la célebre anécdota de Clodio que entró disfrazado de mujer para romper la de César en tales misterios enseña que no todo era santidad en ellos. Más aún corrobora el grado de extravío a que habían llegado tales ceremonias la famosa pintura de Juvenal. «Es sabido ya lo que ocurre cuando la trompeta agita estas Menades y cuando igualmente ébrias de ruido y de vino hacen volar su suelta cabellera y aullan a coro el nombre de Priapo. ¡Qué transportes! ¡Qué furor! Saufeia con la corona en la mano provoca las más viles cortesanas y gana el premio ofrecido a la lubricidad pero a su vez rinde homenaje a los ardores de Medulina. La que triunfa en este odioso conflicto es reputada la más noble. Allí nada hay fingido, las actitudes son de tal verdad que inflamarían al viejo Priamo y al achacoso Nestor. Ya los

deseos quieren ser saciados, ya cada mujer reconoce que solo tiene en sus brazos una mujer y el antro resuena con estos gritos unánimes: ¡Hora es ya de que entren los hombres! ¿Mi amante duerme quizá? ¡Que le despierten! ¿No hay amantes? ¡Me entrego a los esclavos! ¿No hay esclavos? ¡Que llamen un peón! Y a falta de ello no titubearían en recibir el contacto de una bestia.»

La locura cesárea ha sido objeto de varios estudios designando más bien el conjunto de extravagancias y horrores de los Césares romanos que una verdadera enfermedad mental. Renan ha dedicado un libro entero al estudio de Neron en su *Anticristo* y nadie puede dudar de la anormalidad de Cómodo, de Heliogábalo o de Domiciano. Sin embargo y para concretar elegiremos un tipo clínico definido y que había llamado ya la atención del gran historiador Niebuhr. Se trata de Calígula que como todos los degenerados dió muestras ya de su crueldad en la infancia asistiendo a los suplicios y torturas. Una vez emperador atribuyóse la magestad divina mandando quitar la cabeza de la estatua de Jupiter Olímpico para ponerle la suya en efígie. Haciase adorar por el pueblo colocándose entre las imagenes de Castor y Polux y luego mandó edificar un templo donde le sacrificaban cada día aves raras y diferentes. Por la noche y en la época de plenilunio invitaba a la luna a recibir sus caricias y compartir su lecho. Hablaba al oído de Jupiter Capitolino y le tendía el suyo para que le respondiese. Fué contestando a una invitación supuesta de aquel Dios que edificó un nuevo palacio cerca del Capitolio. Decía publicamente que era el hijo del incesto entre Augusto y su hija Julia y se empeñó además en que un ilustre abuelo suyo solo fué un pobre decurión. Mandó asesinar a su primo Tiberio por que no quiso seguirle en un viaje por mar pretendiendo que era para apoderarse de Roma en su ausencia. De igual modo hizo perecer a su suegro Siliano pretendiendo que tomaba un antídoto y le acusaba de envenenador. Al fallecer su querida Drusila dictó pena de muerte contra los que se bañaban o se reían y huyó a Siracusa de donde regresó bruscamente con la barba y los cabellos largos y desgredados. Cuando los juegos del circo quitaba el velario que protegía del sol abrasador y luego prohibía que saliera nadie. Alguna vez mandó cerrar los graneros públicos amenazando al pueblo con el hambre. Mandó quemar vivo en el Anfiteatro a un autor cómico por un verso malrimado. Mas de una vez se lementó de que su reinado no se señalara por ninguna calamidad pública. No solo hizo destruir las estatuas de los grandes hombres que Augusto colocara en el Capitolio sino que prohibió que jamás se levantara ninguna otra. Hablaba

de aniquilar los poemas de Homero y se dolía de no poderle desterrar como proponía Platón en su República. Echaba al pueblo sumas enormes en moneda de cobre desde lo alto de la Basilica Julia. En sus convites presentaba manjares y panes de oro. En sus obras se jactaba de hacer lo imposible allanando montañas y terraplenando valles de modo que dilapidó los trescientos millones de sestercios que dejara Tiberio. Cuando se añade a todo ésto que en sus primeros años sufrió de mal comicial y que después padeció de ataques en los que perdía el conocimiento no ha de ser difícil diagnosticar una epilepsia con degeneración mental. Los modernos anales del crimen y la locura pacientemente recojidos por Lombroso, Maudsley y Feré proporcionan casos idénticos al del emperador romano. Que un degenerado epiléptico ciñera la corona del orbe para ejecutar todos sus delirios es un caso fantástico que la ciencia no podía sospechar y que la historia ha realizado.

La historia del monaquismo que en el Occidente ha inspirado las elocuentes páginas de Montalembert glosadas con no menos belleza por un autor tan poco sospechoso como Littré revistió en Oriente un carácter marcadamente frenopático. Tal puede deducirse de la Historia Lausiaca de Paladio donde se refieren las vidas de los ascetas en Egipto. Muchas de ellas no pueden menos de considerarse a la luz de la moderna Psiquiatría como frenopáticas. Algunas veces el propio Paladio refiere ya como casos morbosos algunos poseídos entre los hermanos del desierto atribuyéndolo todo como es natural al demonio. Otras veces somos nosotros los modernos alienistas que reconocemos la enfermedad donde el piadoso autor busca sólo la edificación. Así ocurre con el asceta Amonio que para huir del episcopado se cortó una oreja primero y amenazó con cortarse la lengua y que no contento aun y para combatir la voluptuosidad se aplicó un hierro ardiente contra sus miembros hasta dejarlos ulcerados. No menos curioso es el caso de Macario de Alejandría quien para hacer penitencia por haber aplastado un mosquito se condenó a permanecer desnudo durante seis meses en los pantanos de Scété donde los mosquitos que son como avispa atraviesan hasta la piel de los jabalíes. Así quedó cubierto de pápulas de tal modo que algunos creyeron que padecía de elefantiasis y al regresar a su celda sólo por la voz conocieron los frailes que era Macario. Cuando recordamos las extraordinarias escenas de enterramiento descritas por Sven Hedin en su viaje al Tibet donde los ascetas se amurallan en mazmorras o subterráneos comprenderemos el lazo de parentesco que une todas



estas aberraciones a través del espacio y del tiempo. Verdaderamente es el caso de recordar la frase del bufón de *La Noche de Reyes* de Shakespeare: «La locura señor duque es lo mismo que el sol que a todos alumbra y da la vuelta al mundo entero.»

En el año 1259 la ciudad de Perusa fué teatro de extraordinarias escenas de penitencia que adoptaron la forma de flagelación. Gentes de todas clases y condiciones y hasta niños se desnudaban y recorrían las calles azotándose con disciplinas de cuero hasta que la sangre corría por su cuerpo. La epidemia se extendió por la Italia septentrional, los países del Rhin y Bohemia. Todo el mundo, dice la crónica de Salimbeno, tomaba parte en estas procesiones a cuya cabeza iban los obispos y religiosos. Los penitentes confesaban sus pecados con tal fé que apenas los sacerdotes tenían tiempo de comer. En 1349 repitió esta locura colectiva en forma aun más intensa con la llamada Hermandad de los Flagelantes. Atribuyóse este movimiento a rogativas contra la terrible peste negra del siglo XIV, la que ha hecho inmortal Bocaccio en el *Decameron*, pero las investigaciones del erudito Honiger han demostrado que los flagelantes habíanse formado ya con anterioridad en Hungría. De este país se extendieron a Alemania, Alsacia, Holanda y Francia, constituyendo una verdadera milicia al mando de capitanes. Dos veces al día debían azotarse con disciplinas de nudos y otras de puntas de hierro que laceraban las carnes. Salían los flagelantes en numerosas procesiones que marchaban entonando himnos en loor de Cristo cuya sangre creían se mezclaba con la suya lavándoles de sus pecados en treinta y tres días y medio. Alabábanse de ahuyentar demonios, curar enfermos y resucitar muertos. Leían además una carta enviada a su decir por un ángel del cielo en que prometía la salvación eterna a los adeptos. Estos veían en éxtasis el paraíso y la Virgen, no pudiendo sacarles de aquel los exorcismos de los sacerdotes contra quienes lanzaban toda clase de maldiciones. Al fin la Sorbona de París, el papa Clemente VI y el emperador Carlos IV condenaron estos herejes y los persiguieron sin que lograsen no obstante acabar con todos ya que parece ser que hasta muy entrado el siglo XV quedaba todavía en Turingia una comunidad de flagelantes.

La superstición de la brujería se ha considerado generalmente como producto del fanatismo religioso, pero es justo consignar que no han faltado en la historia eclesiástica ardientes impugnadores de aquella. Así la colección de Graciano trata ya de alucinaciones en forma de visiones de diablos. En el siglo IX Agobardo arzobispo de Lyon condena la concepción demoniaca de la epilepsia considerán-

dola como una fábula tan absurda que ni los paganos la hubiesen aceptado. En el *Corpus Juris Canonici* se trata de necios y se anatematiza a los que creen en los sortilegios de las pecadoras. Una capitular de Carlomagno del año 785 castiga con pena de muerte a los que creen en hechizos y maleficios. Sin embargo la creencia popular en las brujas heredada de la antigüedad y que Petronio inserta en forma de cuento en la cena de Trimalción, arraigó poco a poco en los espíritus. Europa entera vióse alumbrada por el siniestro resplandor de las hogueras donde perecían en confuso montón histéricos, melancólicos, epilépticos y otros desgraciados. No bastó que espíritus tan ilustres como Paracelso y Cardan protestaran en nombre de la ciencia y la caridad contra tales atrocidades. Las quemas de brujas continuaron sostenidas por la credulidad popular y una legislación absurda. Modernamente se han explicado como alucinaciones los relatos de tales infelices ante los tribunales de la época. Sin embargo y por nuestra parte nos inclinaríamos más bien a creer en la influencia del contagio mental. La gente de todas las épocas acaba por ver realmente lo que oye referir a todas horas. El tema de la posesión diabólica estaba a la orden del día y era forzoso que trastornase los espíritus débiles y aún los simples ignorantes. Las confesiones de estos desgraciados y por si faltaba algo el tormento llevaban la convicción a jueces tan crédulos como ellos.

Nada más discutido que el origen de los Manicomios. Según Krafft-Ebing se debería a los musulmanes de quienes lo habrían adoptado los frailes mercedarios en sus viajes para rescatar cautivos. Esta opinión no viene apoyada por desgracia en ningún testimonio irrecusable. A la verdad alega dicho autor el de León el Atricano quien cita un Manicomio en Fez desde el siglo VIII. Sin embargo el eminente arabista español Sr. Codera me favoreció acerca del particular con una carta en que rectificaba el concepto del gran alienista austriaco. En efecto el siglo VIII del cronista musulmán es el de la Hégira que corresponde al XIV de la Era cristiana. Ahora bien, en dicha centuria existía ya más de un Manicomio en Europa remontándose el primero de ellos a un siglo atrás en las *Opere Pie* de Feltre donde se alojaban ya dementes. En 1305 aparece ya en Upsala la llamada *Maison de Saint Esprit* o Casa de Beneficencia para locos y en 1326 el Manicomio de Elbing en la Alemania del Norte como anejo a una leprosería. Merece también mencionarse otra fundación benéfica para dementes en Bergamo en 1352. Todos estos antecedentes no restan importancia al papel de España en este generoso movimiento que al entrar el siglo XV inau-

gura en nuestro país la asistencia a los enfermos del espíritu. La única historia de la Psiquiatría en España debida a la pluma del alemán Ullersperger rectifica en favor de Barcelona la prioridad de fundación de los Manicomios. Sabido es que la iniciativa benéfica de Fra Jofre fundó en 1409 un manicomio en Valencia pero el ya citado autor demuestra que en 1401 el hospital de Barcelona admitía ya dementes. Que en el siglo xv era ya corriente su existencia en Santa Cruz lo prueba que cuando la entrada triunfal del Príncipe de Viana en Barcelona se organizó en el patio de la Santa Casa una mogiganga de locos con caperuzas y cañas en su honor como puede verse en el *Dietario de la Generalidad de Barcelona* exhumado por mi difunto padre. Otro documento curioso y a la verdad poco conocido es la comedia que con el título de *Los Locos de Valencia* escribió Lope de Vega. En ella vemos un tal Pisano no se sabe si doctor o simple administrador con nociones de medicina que ordena remedios y pronostica males. La manutención de tales establecimientos no sería muy fácil cuando en la comedia vemos salir en procesión a los pobres locos a pedir limosna para su sustento, todos con la clásica caperuza. La organización interna de los manicomios no hay que decir que dejaba mucho que desear no solo en la Edad Media sino aún después del Renacimiento. Dá verdadero horror leer las páginas que Kirchhoff ha dedicado a los manicomios alemanes de la Edad Media con sus jaulas de locos, sus calabozos, sus cepos y sus torres no pareciendo si no que se trata de fieras en vez de seres humanos. Poco importa después de esto que en los monasterios y hospitales se admitieran dementes, pues en ninguna parte se ven señales no ya de tratamiento si no tan siquiera de caridad. Las familias asistían a su manera a los locos en jaulas (a las que siempre tuvieron tanta afición las gentes de la Edad Media) o bien los entregaban a la ciudad respectiva que los alojaba en las famosas *cista stolidorum* de las torres de las murallas. Otras veces y para ahorrarse gastos de manutención acompañaban a los pobres locos a palos fuera de los pueblos o bien les abandonaban en una barca a merced del río, cuando no les encarcelaban y azotaban por supuesto sacrilegio o cualquiera otro motivo tan serio. Hasta fines del siglo xviii no es de creer que mejorara mucho la situación como lo demuestran con harta elocuencia las horribles escenas que hubieron de presenciar y corregir Pinel en Francia y Tuke en Inglaterra.

Nada prueba más hasta que punto estaban arraigadas tales supersticiones que consultar los escritos aún de los grandes heresiari-

cas como el propio Lutero. «Yo creo, decía éste, que de los demonios subyugados y vencidos salen malos espíritus como diablillos corrompidos y de igual modo creo que los monos solo son demonios vanos. Los días en que el demonio me atormenta y me llena de pensamientos negros y tristes comprendo que haya también malos espíritus que asusten a la gente, les roben el sueño y acaben por ponerles enfermos.» Es sabido que Lutero oía al diablo, sostenía conversaciones con él y hasta le echó un tintero a la cabeza. Había observado también algunos melancólicos de su convento encerrados en la bodega y expone su pensamiento para curarles. Así refiere de uno que se creía un gallo hasta que acabaron por convencerle de que era un hombre. De igual modo y con el mismo propósito curativo proponía el exorcismo para las histéricas con lo que se ve por cierto cuan poco había variado la psicoterapia con la reforma protestante. En cambio otras veces se muestra más radical como al hablarnos de un niño idiota que observó en Dessau que dice no hacía nada y comía como cuatro hombres riéndose solo cuando ocurría algo malo en su casa. Lutero propuso resueltamente al Príncipe de Anhalt que lo echasen a las aguas del Molda que pasa por Dessau pero añade que su consejo no fué escuchado. No deja de sorprender la razón que aduce el terapeuta heresiarca de su extraño proceder. A su decir tales niños idiotas no son más que una simple masa de carne sin alma todo producto del diablo que hace así sus criaturas. Es imposible cuando recordamos las descripciones que hace Lutero de su propio estado dudar de que fuera él mismo un caso clínico. «Los zumbidos y silbidos no me dejan decía, a lá manera de un viento o de un gran río y esto es cosa del demonio.» Su médico en nada mitigaba su mal que muchos días le dejaba tendido y sin fuerzas sobre un banco. Además cuando su estancia en el Monasterio de Erfurt, pasó tres días sin comer ni beber. Otras veces se sentía impulsado a horribles blasfemias y experimentaba dice, las penas del infierno que le tragaban vivo. Su estado era de gran angustia todo lo cual ha inducido a creer en la epilepsia de Lutero por parte de algunos autores.

Las relaciones entre el genio y la locura que tanto han apasionado la opinión médica desde Moreau de Tours a Lombroso nunca se han demostrado más que a propósito de los dos grandes pensadores del siglo xvii o sea Descartes y Pascal. El primero tenía alucinaciones acústicas que tomaba por inspiraciones del cielo si hemos de creer a su biógrafo Cousin y es imposible desconocer en su vida errante las señales de un desequilibrio mental. Su vida en Holanda

buscando a su decir el reposo y no hallando más que agrias controversias y persecuciones religiosas es una prueba ya de la perturbación de sus facultades. Más demostrativo es aun el caso de Pascal que desde los diez y ocho años comenzó a sentir dolores especialmente de cabeza que jamás le abandonaron. Padecía un espasmo faríngeo tan grande que a veces solo podía tragar líquidos y aun gota a gota. A los treinta años decidió pasarse de criados y hacerse el mismo la cama y llevarse la comida. Cada día más apasionado por la vida ascética acabó por contraer verdaderas manías. Así creía ver peligros para su alma en las más piadosas conversaciones. Cuando sentía algún placer así fuera el más inocente se pinchaba con una cintura de hierro llena de puntas y continuó esta rara mortificación incluso en los últimos días de su vida atormentado ya por crueles males. Habiéndole ordenado los médicos que comiense manjares delicados se impuso como regla no saborearlos para evitar decia el sensualismo. Se enfadaba si alguien decia haber visto una mujer bonita pues a su modo de ver aquella sola idea podía excitar malos pensamientos. Veía un mal en las caricias de los padres para los hijos diciendo que era darles una educación viciosa. Se ha hablado repetidas veces del famoso precipicio que creía ver abierto a sus pies lo que se ha explicado por un vértigo estomacal. Más interesante para el alienista es la cuestión del famoso amuleto historiado por Lelut y comentado por Littré. Se trata de un papel con infinidad de dobleces que se halló cosido en los vestidos del gran filósofo despues de su muerte y donde se dice que de tal hora a tal otra..... fuego. El hecho ha pasado como una alucinación y en tal sentido lo comentaron los referidos autores pero hoy día en que los admirables estudios de Janet nos han hecho penetrar más adentro en la conciencia de los psicasténicos debemos más bien suponer que el famoso amuleto era una fórmula de preservación como usan a menudo tales enfermos, un caso en fin como el de las célebres pieles de naranja del crítico inglés el excéntrico Johnson.

El siglo XVIII, el siglo de la Enciclopedia y el libre pensamiento, presenció sin embargo todas las extravagancias del iluminismo. El sueco Swedenborg con sus alucinaciones había acabado por fundar una religión. Los brujos de la varilla adivinatoria operaban milagros en Francia. Incluso en el escéptico y brillante París se fundaban toda clase de sociedades místicas resucitando los desvaríos de los talismanes, la astrología y las ciencias mágicas. No faltaba sino un hombre que con audacia genial explotase la credulidad pública en pro-

vecho de su fama y su fortuna. Este hombre fué el médico austriaco Antonio Mesmer que resucitando las teorías astrológicas de Paracelso, Van Helmont y Roberto Fludd las aplicó a un sistema curativo. Establecido en la capital francesa no tardó en llamar la atención del público y la animadversión de los médicos con sus curas maravillosas por lo que él llamaba fluido magnético. Jactábase de curar toda suerte de males por aquel misterioso e indefinible agente terapéutico que en sus escritos califica pomposamente de influencia celeste, gravitación y magnetismo animal. La sociedad toda de París, desde los grandes personajes de la Corte a los más sencillos artesanos acudían al salón de Mesmer para experimentar los efectos de sus salutíferas prácticas curativas. Operaba el gran taumaturgo primero por imposición de manos y después por varillas de vidrio o de hierro por donde transmitía a su decir el misterioso fluido. Después inventó ya su famosa cubeta que le permitió operar en gran escala en su hotel de la Plaza Vendome. En medio de un gran salón y alrededor de una mesa se disponían los circunstantes cada uno de los cuales asía una varilla en comunicación con la cubeta cuya caja venía representada por la mesa antedicha. No había en la tal cubeta más que agua, limaduras de vidrio y de hierro y dos ruedas de botellas formando dos círculos concéntricos. Cuando se quitaba el agua quedaba la llamada cubeta seca pero los efectos eran iguales. Para asegurarlos sujetaba Mesmer a los enfermos por una cuerda común y mandaba ejecutar por un armonium, instrumento nuevo en Francia, una serie de suaves acordes. Las damas sobre todo, sentían terribles efectos de tales sesiones acabando por entrar en crisis con gemidos, lloros hipo y respiración estertorosa y sofocante. Sobrevenían luego convulsiones, movimientos tetánicos, risotadas inextinguibles, delirio y furor. Mesmer que tenía sus instintos de alienista había preparado ya para tales casos una sala especial llamada de las crisis y cuidadosamente acolchada. No se sabe lo que pasaba después de tales escenas que la malignidad popular interpretó en el peor sentido. La Facultad de Medicina y la sociedad Real de este nombre acogieron siempre con desdén la obra de Mesmer pero jamás la examinaron en serio. Al fin el atrevido magnetizador supo captarse la confianza de los reyes por medio de Deslon médico de María Antonieta y aún llegó a entrar en tratos con el ministro Maurepas para que el Gobierno pensionase sus servicios con una renta vitalicia de veinte mil libras. No le faltaron sinsabores al aventurero vienés, empezando por la ingratitud y lo que es peor la competencia de Deslon que abrió también gabinete magnético por su cuenta. Después y como es

costumbre en París el folleto mordaz, la canción burlesca y el teatro satírico se apoderaron de su persona que fué vilipendiada tanto como un día ensalzada. La muerte del célebre polígrafo Court de Gébélin que se dijo había muerto curado por el magnetismo animal, acabó de ridiculizar el sistema comprometido ya por el fracaso de las tentativas de Mesmer para magnetizar al Príncipe Enrique de Prusia. Al fin el Gobierno de Luis XVI acabó por designar una comisión oficial donde figuraron hombres tan ilustres como Franklin, Bailly, Lavoisier, d'Arcet, Guillotin.

Las principales causas de los resultados magnéticos eran debidos según aquel documento al contacto, la imaginación y la imitación notando que siempre había más mujeres que hombres en crisis y atribuyendo a un origen emocional y sexual los accidentes experimentados por aquellas. «A menudo, dicen, el hombre que tiene su mano izquierda aplicada a los ovarios pasa la derecha por detrás de la cintura de la mujer y el movimiento de ambos es de inclinarse mutuamente para favorecer este doble contrato. La proximidad se hace todo lo grande posible, los rostros se tocan casi, los alientos se confunden, todas las impresiones físicas se comparten instantaneamente y la atracción recíproca de los sexos debe obrar con toda su fuerza. Cuando se prepara este especie de crisis el semblante se enciende por grados, los ojos brillan y se vé bajar la cabeza a la mujer y llevarse la mano a la frente y a los ojos para cubrirlos como por un resto de pudor. Cuando este signo se manifiesta, la respiración se hace breve y entrecortada, lagrimean los ojos y aparecen movimientos bruscos y precipitados de los miembros o de todo el cuerpo. En las mujeres vivas y sensibles el último grado y el término de la más dulce de las emociones es a menudo una convulsión a la que suceden la languidez, el abatimiento y una especie de sopor de los sentidos como reposo necesario después de las grandes agitaciones.» El sistema de Mesmer decayó después de sostener tan rudos golpes no sin que hubiese hecho la fortuna de su autor que regresó aún a Francia en los aciagos días de la Revolución y saludó lleno de respecto al ilustre Bailly en los momentos en que éste era conducido en la fatal carreta a la guillotina que inventara el doctor Guillotin otro de los firmantes del célebre informe contra el magnetismo. De esta suerte tan novelesca y original ha comenzado en la ciencia el agente terapéutico que se conoce y maneja hoy día con el nombre de hipnotismo.

No pretendo abusar más tiempo de vuestra indulgencia y exceder los límites de lo que puede ser un trabajo de esta índole. Mi pro-



pósito no ha sido otro que reseñar de una manera sucinta y clara la historia de una enfermedad que nos enseña por decirlo así el reverso de la medalla de la obra más admirable de la creación, o sea de la inteligencia humana. En todas las épocas y en todos los países ha flaqueado o se ha hundido la razón que constituye nuestro más gallardo distintivo. No pretendemos condenar el pasado para buscar una fácil glorificación del presente sino hacer una labor médica y crítica, es decir, imparcial,

Muy feliz habré de considerarme si en el desempeño de aquella, no he fatigado vuestra atención y rebasado los límites de vuestra benevolencia.

HE DICHO





